

Una universidad de razón abierta

María Lacalle. Universidad Francisco de Vitoria
Encuentro ICUSTA octubre 2022

¿Qué es para la UFV ser una universidad de inspiración católica?

La preocupación por la síntesis de saberes ha estado desde el inicio con nosotros de manera muy especial, y me alegro de poder compartir con ustedes el camino recorrido. Siempre nos hemos preguntado qué es ser universidad, y qué es ser universidad de inspiración católica. Y, más en concreto, qué significa para nosotros particularmente ser una universidad de inspiración católica.

Creo que, más allá de lo que cada uno entienda por la inspiración católica, todos estaremos de acuerdo en que no se trata simplemente de que haya crucifijos en las aulas, ni un departamento de pastoral. Tampoco es suficiente con que en nuestro currículo haya un porcentaje de asignaturas humanísticas que incluyen la Teología. Son aspectos importantes que logran preciosos frutos, pero que todavía no tocan el núcleo.

¿Cuál es entonces el reto que, según nuestra consideración, identifica nuestra idea de universidad y nuestra misión? Es la conciencia de que la razón y la fe no son contradictorias, sino que se complementan. La convicción de que la imagen cristiana del hombre puede influir en el enfoque científico de lo que hacemos, a la vez que las ciencias (empíricas y sociales) influirán en el modo y la hondura en que comprendamos la fe.

Pensamos que una universidad será católica si usa católicamente la razón, si en sus aulas y en sus investigaciones se produce lo que Benedicto XVI ha llamado “razón abierta”. Es, podríamos decir, un modo “católico” de usar la razón, que incluye al hombre integral, también la fe y la vida. Pensamos que en una universidad católica no podemos colgar la fe, ni la reflexión filosófica o existencial, en el perchero del laboratorio o de la biblioteca, como si fueras intrusas o extrañas en el mundo del conocimiento racional.

Pero es fácil decirlo, y muy difícil llevarlo a la práctica. Porque, sabemos bien que desde hace décadas el ser humano ha perdido la confianza en su propia capacidad de conocer la verdad, dejando solo a salvo el conocimiento empírico, y se ha encerrado en sus propios límites y condicionamientos. Esto ha conducido al cientificismo en unas áreas de conocimiento, y al escepticismo en otras. Unos y otros se conforman con verdades parciales y renuncian a plantear preguntas radicales sobre el sentido y el fundamento último de la vida, de la historia, del mundo, o ahogan las preguntas en su interior casi antes de que nazcan.

Y precisamente frente a esta fragmentación del saber, frente a la negación de nuestra capacidad de conocer, queremos abrir la razón y ampliar la mirada a la realidad total. El concepto de razón tiene que “ensancharse” para ser capaz de explorar y abarcar los

aspectos de la realidad que van más allá de lo puramente empírico, para no contentarse con verdades parciales, fragmentarias y dispersas, para plantear preguntas decisivas para nuestra vida.

¿En qué consiste la razón abierta?

La razón abierta consiste en superar el fragmento y buscar la unidad del saber, plantearse preguntas de fondo, reconocer los límites de nuestra ciencia y ponerla en diálogo con la filosofía y la teología.

- En primer lugar, una razón abierta requiere buscar la unidad del saber. Lo habitual es que cada profesor se especialice en una parcela del saber. Lo cual es correcto y ha permitido el crecimiento del saber humano, pues no podemos saber todos de todo. Pero a veces nos quedamos encerrados dentro los límites de nuestra parcelita, atrapados en un fragmento que, sin referencia al todo, resulta distorsionado, incompleto, incluso erróneo. Por eso es necesario levantar un poco la mirada y reconocer el lugar que ocupa nuestra disciplina en el conjunto de la realidad, y reconocer los límites de nuestra ciencia particular y ponerla en relación con otras ramas del saber para alcanzar así una visión integral de la realidad.

Esa búsqueda de la unidad del saber solo se puede hacer superando esa autolimitación que a veces nos imponemos pensando que solo podemos conocer lo verificable por los sentidos, o que solo merece la pena trabajar por lo que es inmediatamente útil.

- En segundo lugar, esa mirada amplia nos lleva a plantear a nuestra propia disciplina preguntas por el hombre, por la verdad, por el sentido de las cosas, por el bien y el mal, en definitiva, por lo propiamente humano. Con frecuencia, esas preguntas nos llevan a la frontera de nuestra ciencia y a darnos cuenta de que necesitamos el apoyo de la filosofía y la teología, para responderlas. Implica que hay un esfuerzo por evitar reduccionismos, y por evitar juzgar la realidad completa desde los parámetros de nuestra parcela del saber. Como si un neurocientífico afirmara que la libertad no existe porque él solo ve reacciones nerviosas cuando analiza la actividad cerebral.

En definitiva. un profesor de razón abierta, al tiempo que domina su ciencia, o precisamente por eso, es capaz de llegar a sus límites y plantearse cuestiones decisivas para el ser humano. Está abierto al trabajo interdisciplinar, a la curiosidad y el asombro. Busca la sabiduría, no solo el conocimiento, y sabe que algunas de las preguntas que plantea su ciencia solo las puede responder con la ayuda de la filosofía y de la teología. Esto no implica que todos tengamos que convertirnos en filósofos. Implica más bien una actitud de honradez intelectual en la que se reconocen los límites del propio método y la necesidad de abrir la razón y entrar en diálogo con la filosofía y la teología.

¿Cuál es el resultado que buscamos?

No, desde luego, un híbrido consecuencia de la yuxtaposición de conceptos filosóficos o teológicos junto a los científicos. No se trata, tampoco, de que el profesor de Matemáticas o el de Genética expliquen Metafísica o Teología en sus clases, sino de que, en sus explicaciones, en su trato con los alumnos, en su comunicación con ellos, y a partir de los contenidos de su materia, les remitan a las preguntas fundamentales, a la verdad, al bien, al porqué de las cosas. Se trata de replantear cada una de las asignaturas superando los límites de cada área de conocimiento, ampliando horizontes y buscando en nuestro quehacer universitario una dimensión mucho más profunda que nos permita:

- Generar una ciencia más humana, orientada al bien de la persona y al bien común. Desde una razón abierta podremos aportar a la comunidad científica nuevas perspectivas, nuevas preguntas que iluminen el camino y que permitan generar conocimiento nuevo, y podremos también aportar ideas y soluciones creativas en el ámbito cultural, político e industrial.
- Lograr una docencia transformadora, que impacte en nuestros alumnos, y les permita adquirir no solo unas competencias y unos conocimientos sólidos sino la capacidad de pensar con criterio, de hacerse preguntas, de buscar la verdad y de comprometerse con el bien.

Las preguntas fundamentales

Para avanzar en el camino de la razón abierta formamos y acompañamos a los profesores para que se planteen las preguntas presentes en el fondo de todo quehacer científico, y que conectan con las preguntas existenciales del hombre. Al fin y al cabo, la ciencia es la respuesta al asombro de la realidad, de ahí la confluencia de estas preguntas humanas y la labor científica. Trabajamos, sobre todo, cuatro preguntas fundamentales:

- La pregunta antropológica: En el fondo de toda disciplina hay una antropología, explícita o implícita. Esa visión del hombre marca profundamente todos los contenidos que se imparten y los estudios que se aborden. Cada profesor debe preguntarse: ¿qué idea del hombre subyace en lo que enseño: individualista o solidario; materialista o abierto a la trascendencia; genéticamente predeterminado o capaz de libertad? ¿Qué tipo de hombre se construye con estos saberes que estoy transmitiendo? Y, según lo que descubra, deberá replantear su asignatura a la luz de una crítica de las antropologías reductivas y de las antropologías filosófica y teológica.
- La pregunta epistemológica que se refiere a la cuestión de la verdad y la posibilidad de conocerla nos debe llevar a preguntarnos: ¿Es plenamente verdad esto que investigo o enseño? ¿Cuál es el límite de mi ciencia y de mi método? ¿Cuáles son las preguntas que me llevan a la frontera de mi ciencia y que no puedo responder desde ella?

- La cuestión ética. La pregunta sobre la persona y sobre la verdad nos remiten inevitablemente a la pregunta sobre cómo se debe actuar, tanto en el marco del quehacer científico como en sus aplicaciones tecnológicas y en nuestra propia vida. ¿Esto que enseño o investigo es bueno o malo, me dignifica o me envilece, dignifica o envilece a mis alumnos? ¿Hace la sociedad más justa y a medida del hombre?
- La pregunta por el sentido nos remite a lo esencial. ¿merece la pena esto que aprendo o enseño? ¿Qué relación tiene con la vida que me importa? ¿Por qué lo hago? ¿Para qué todo lo que yo hago o aprendo? Hay distintos niveles de sentido, y aspiramos a que tanto los profesores como los alumnos lleguen a formularse la pregunta por el sentido último, por Dios.

El método de trabajo

A lo largo de estos años hemos hecho muchos esfuerzos para que la razón abierta sea una realidad en nuestras aulas y en nuestras investigaciones. Como ya he dicho no es fácil, entre otras cosas porque nos han formado de otra manera y porque el pensamiento dominante no va por ahí. No tengo tiempo de entrar en detalles, pero sí me gustaría resaltar algunas cosas de las que hemos hecho que sí funcionan y que me atrevo a decir que son esenciales:

- Formación: en primer lugar, es necesario que los profesores de las distintas ciencias particulares reciban algo de formación, al menos para entender en profundidad las cuatro preguntas fundamentales. Para ello hemos elaborado un curso, que hemos llamado de razón abierta, y que sigue en formato híbrido y que está teniendo gran aceptación y buenos resultados. Lo han cursado ya más de trescientos profesores nuestros y más de cien profesores de otras universidades de nuestra red en México.
- Trabajo en comunidad: este es un camino que no se recorre en soledad, por lo que hemos creado comunidades de profesores de razón abierta en las que participan profesores de cada ciencia particular con profesores de formación humanística. En sus reuniones mensuales comparten avances y dificultades, buenas prácticas que han llevado al aula, se exponen a las preguntas de los compañeros...
- Acompañamiento personal: además de la formación y de la riqueza que aporta el trabajo en comunidad, vemos que también es necesario un acompañamiento personal a modo de tutorías personalizadas. Es una gran ayuda para cada profesor, desde el lugar en que se encuentra, no solo para formular las preguntas de razón abierta sino para transformar de verdad su asignatura, introduciendo nuevos contenidos, nuevas metodologías que despierten a los alumnos con preguntas interpelantes, una manera de evaluar formativa...

Por otra parte, también buscamos fuera de nuestra universidad personas que estén en el mismo camino y que compartan esa sensibilidad con nosotros. Con el fin de atraer a estas personas y de hacer como señales de humo que puedan ser vistas desde lejos por cualquiera embarcado en este empeño de superar la visión fragmentada del pensar convocamos hace ya varios años los Premios Razón Abierta, en colaboración con la Fundación Vaticana Joseph Ratzinger. Y es que los esfuerzos individuales tienen poco eco. Por eso queremos formar comunidades de personas que quieran volver a pensar su campo de saber a la luz del modelo de persona que quisiéramos que fueran nuestros alumnos: algo más que expertos sin corazón, algo más que esos nuevos bárbaros de los que hablaba Ortega y Gasset. De ese modo, si lo hacemos bien, serviremos a la institución universitaria al mismo tiempo que a la evangelización del mundo de la cultura y de la educación superior.

Este es nuestro reto. Muchas gracias.